

CAPITULO II: LA HUIDA A LA CALLE

2.1. EL NIÑO Y LA CALLE: ADVERTENCIAS GENERALES

Un niño, no se vuelve niño de la calle de la noche a la mañana. La partida del hogar se prepara y se trata de un proceso más o menos largo. Por lo general, el niño da como motivo principal de tal acción el comportamiento violento de la madre o del padrastro. En casi todos los encuentros mantenidos con los niños, dan como causa principal estos episodios de violencia y el abandono del hogar como algo que se produce de modo brusco. La literatura especializada, y los relatos que aparecen en la prensa y los documentales televisivos, ponen también el acento sobre este aspecto. Asimismo, ligan la presencia de niños en la calle con la situación económica de la familia y con la fragilidad de su organización. La explotación económica de los niños por parte de los padres (por la madre en particular) y la violencia familiar serían los factores que expulsan a los niños a la calle. La miseria y la pobreza que alcanza a una parte importante de la población brasileña, son unánimemente denunciadas como las responsables de la presencia elevada de niños en la calle de las ciudades brasileñas.

De esta forma los niños pasarían sin transición de la familia a la calle. Si tal visión no es inexacta, sí es incompleta ya que subestima dos elementos. Por un lado no toma en cuenta el papel que el niño juega en la partida de su casa; por otro, olvida la atracción que la calle ejerce sobre el niño. El paso de la casa a la calle se debe a varios factores que están ligados y que forman un sistema. Entre esos factores destacamos:

A. las dificultades familiares

B. la movilidad espacial de la familia ¹.

C. las características del espacio urbano (distancia entre el domicilio y el lugar donde el niño pasa el día, la eficacia de los transportes públicos y el precio del transporte)

D. las coacciones de la calle (peligros, posibilidades objetivas de supervivencia, presencia de otros niños en la calle)

E. las iniciativas del niño y el balance que establece de su experiencia en la calle. Un mejor conocimiento de estos factores es indispensable para saber quién es el niño de la calle y cómo se convierte en tal.

Por otra parte la relación con la calle así como la imagen que el niño tiene de ella no son en todas partes iguales. Varían según el desarrollo socio-económico de la sociedad, la cultura y las capas sociales. En efecto esta relación con la calle depende primero de las funciones que ésta ofrece, así como el aspecto del espacio construido. Tiene que ver también con la existencia de una distinción entre la esfera pública y la esfera privada, y también con la definición de la esfera personal: Hay que tener en cuenta también los espacios comunitarios que se caracterizan por una lógica social diferente de la de la esfera pública. Como podemos imaginar, múltiples combinaciones son posibles. Estos diferentes aspectos influyen en la construcción individual y comunitaria del «sense of place»². El «sense of place» no sólo se define por las funciones materiales del espacio sino sobre todo por sus funciones identificadoras. Estas funciones identificadoras son particularmente fuertes. Están reforzadas por el grado de organización social de la comunidad y por la solidaridad que allí se desarrolla. Al contrario, se debilitan cuando el

¹ En efecto. La estabilidad de las familias marginadas está a menudo comprometida por la precariedad del empleo y por la dificultad en encontrar vivienda. La destrucción de las viviendas provocada por las lluvias y los incendios, ya que los materiales de construcción son muy inflamables, son accidentes frecuentes que conllevan una huida precipitada del grupo familiar. Además, la especulación inmobiliaria muy presente en estos barrios marginados, provoca también desplazamientos hacia zonas más deterioradas. En el caso de las familias monoparentales, sucede a menudo que la madre abandona la vivienda para instalarse con una nueva pareja. Lleva consigo a una parte de los niños, y coloca al resto con los vecinos y los parientes. En este caso, la inestabilidad residencial podría estar unida a un componente cultural de las capas sociales más desfavorecidas.

² Ver bibliografía al final del capítulo.

grupo no dispone de recursos mínimos para organizar la ayuda mutua. Las capas sociales marginadas que sobreviven sólo gracias a redes locales de ayuda mutua no pueden permitirse el lujo de conservar espacios privados. La calle es parte de su vida cotidiana, el espacio habitado da sobre la calle y ésta lo ocupa a su vez³. Todos estos factores influyen en la relación que el niño mantiene con la calle y en la imagen que éste tiene de ella. La calle periférica más o menos urbanizada donde vive no es como la calle del centro de la ciudad donde se queda la mayoría de niños de la calle. Las calles del centro urbano son mucho más ricas en recursos diversos para los niños de la calle. Lejos del barrio, de los vecinos y de la familia el niño organiza su existencia en función de los recursos de la calle.

Estos no sólo son de tipo material, sino también de tipo social y simbólico. La imagen que el niño tiene de la calle del centro urbano forma parte de ello. Esa imagen es producto de un aprendizaje que el niño hace en la calle y que, como veremos, evoluciona con el tiempo. Sería igualmente importante conocer la imagen del centro urbano que preexiste en los niños que abandonan el domicilio familiar. Todo eso forma parte integrante del proceso que lleva a los niños hacia el centro urbano.

De hecho no hay solamente una calle, hay muchas calles. Así pues las esquinas, las plazas, los cruces, los mercados, las estaciones de trenes o de autobuses y los parques públicos forman parte de lo que se denomina «la calle». A esta lista se le pueden añadir los solares baldíos, las obras y los edificios en ruinas que pueden servir de escondite, de lugar para jugar o para ajustar cuentas. Cada uno de estos espacios tiene sus características y sus funciones propias.

Entre los factores que influyen en la relación que el niño mantiene con la calle, así como el uso que hace y la imagen que tiene de ella, hay que destacar la definición social de lo que es un niño. En efecto, algunas definiciones son incompatibles con una presencia prolongada del niño en la calle. La urbanización, la formación de las clases medias en los países del norte y la escuela obligatoria han apartado al niño de la calle. Es con la formación del Estado moderno que la infancia se vuelve una categoría distinta en relación a otras edades. Ya no se considera al niño como un adulto imperfecto sino como un ser diferente al que hay que proteger en su desarrollo y definir sus derechos. Al mismo tiempo la vida familiar se privatiza ya que el grupo familiar se separa de la comunidad en la que estaba integrado. A partir de aquí, la presencia prolongada del niño en la calle pierde toda legitimidad. En cambio cuando el niño es indispensable para la supervivencia material del grupo ningún espacio le está adjudicado ni prohibido. El niño se integra de ese modo al mundo de los adultos y la noción misma de infancia se diluye. En este caso, la calle es un espacio que el niño puede frecuentar legítimamente. Es siempre así cuando la calle forma parte integrante del espacio común. Y sobre todo en las calles de los poblados chabolistas, así como en numerosos barrios periféricos de las metrópolis latinoamericanas.

La situación es diferente para las calles del centro urbano y las comerciales. Esas son las que con preferencia eligen los niños cuando abandonan a su familia. Sin embargo esas calles no se integran a un espacio comunitario y la presencia prolongada de niños en ellas no tiene legitimidad. Sin embargo, esta pérdida de legitimidad no incide en todos los niños de manera equivalente. En efecto, la edad del niño, el tipo de actividad que ejerce en la calle (trabajo, juego, recreación, actividades diversas ligadas a la supervivencia) así como la presencia de un adulto con el que se ha asociado, condicionan el grado de legitimidad acordado a su presencia en la calle. Los niños de la calle provienen de un medio en el que la calle forma parte integrante de lo cotidiano. Hay que considerar este dato cuando se aborda el problema de la partida del niño de su casa.

Por otra parte, cuando abandona su hogar el niño no lo hace con la intención explícita de romper definitivamente los lazos. Esto se traduce en huidas que, en la mayoría de los casos, no son definitivas. Veremos que los retornos a la casa son periódicos: En caso de algunos eventos como fiestas, cumpleaños, o simplemente cuando el niño se siente en peligro.

³ Naturalmente hay una gran variedad de chabolas con niveles de urbanización muy diferentes. El espacio construido no es homogéneo y la población se diferencia a menudo desde un punto de vista socioeconómico.

2.2. EL ALEJAMIENTO PROGRESIVO Y LA ALTERNANCIA CALLE-CASA

Un niño no se vuelve un niño de la calle de un día para otro. En numerosos casos el abandono del hogar se da de manera progresiva y va unido al aprendizaje de la vida en la calle. Por otra parte el niño que ha abandonado su casa regresa periódicamente a ella. Estos regresos forman parte de la carrera de niño de la calle y significa que la huida definitiva no suele ser la regla. Así en la mayor parte de los casos estos abandonos serían más bien fugas que rupturas definitivas. La fuga se caracteriza por la ausencia de un plan bien definido con respecto a lo que se va a hacer y al lugar donde se va a establecer. La fuga es provisoria a pesar de lo que afirmen numerosos niños.

El análisis de las referencias que se desprenden del discurso de los niños y de sus comportamientos muestra que existe una intención de regreso al hogar. Y esto a pesar de la dialéctica muy poderosa que opone la atracción de la calle a la de su casa y familia⁴. Si la violencia doméstica (física y moral) es citada por la mayoría de los niños como el motivo principal del abandono, la mayoría de las veces es la ocasión que le sirve de pretexto para realizar sus deseos de independencia. La mayoría de las veces estas fugas no se producen antes de la pubertad (10-11 años).

La falta de espacio y la promiscuidad doméstica constituyen otro elemento importante. Sus consecuencias se manifiestan sobre todo durante la noche, cuando todos los miembros de la familia se encuentran en una vivienda tan precaria. Hay casos de niños que son expulsados durante la noche, generalmente por el padrastro. Esta expulsión se prolonga a veces con el abandono del hogar, pero con frecuentes tentativas de regreso. La separación de los padres es también un elemento que puede motivar la huida del niño. Esto se produce cuando se da una de las siguientes condiciones:

- A. la madre abandona el hogar doméstico y el niño queda con el padrastro
- B. el niño es entregado a otra familia, a menudo emparentada
- C. el nuevo compañero de la madre emplea la violencia física con los niños
- D. las exigencias financieras de la madre hacia el niño que trabaja en la calle aumentan.

En un primer momento es posible dividir el conjunto de las huidas o fugas de los niños de la Praya Carioca en dos categorías principales. Después veremos que esta distinción será insuficiente para ver la dimensión del distanciamiento como proceso. De entrada estas categorías parecen concernir a dos tipos de niños de la calle. La primera es la del niño que no puede responder a las exigencias de rendimiento que le exigen los padres (trabajo en la calle). El niño hace un balance entre las ventajas que le reporta la calle y las dificultades que vive en casa. Es en función de este balance que el niño decide partir. Esta categoría incluye también a los niños que, sin estar sujetos a exigencias por parte de los padres, escogen la calle como hábitat. Este tipo de niño quiere afirmarse como persona. No busca la compasión del adulto, ni quiere que se apiaden de su suerte. Se siente como sujeto y no juega a ser niño víctima.

La segunda categoría trata de los niños que no han elegido abandonar la casa y que la abandonan a pesar suyo. Este niño se presenta como víctima de la violencia doméstica.

Busca siempre suscitar la compasión del adulto y le exige su comprensión.

Otro objetivo que busca a menudo es obtener ciertas ventajas materiales.

En la dinámica de la partida del niño no hay que subestimar la influencia que ejercen los programas de asistencia a los niños de la calle. La libertad de la calle, asociada a la asistencia de los programas, es preferible a la casa (con o sin privaciones). Finalmente, la muerte de uno de los padres es otro de los factores importantes que actúan en la dinámica de la partida.

⁴ Hay que diferenciar, en este punto, tres categorías de niños (ver capítulos 3 y 4)

A. Los regresos

Los regresos al hogar son numerosos. En este punto conviene distinguir dos tipos de regreso: a) la tentativa del regreso definitivo y b) el regreso de rutina. En el primer caso, el niño tiene la intención de abandonar definitivamente la calle mientras que en el segundo caso esta intención no existe. Las tentativas de regreso definitivo que no llegan a su fin, así como los regresos de rutina, constituyen el núcleo de lo que llamamos «alternancia calle-casa». En efecto, si no se puede negar la existencia de niños que no guardan relación con su familia, la mayoría de los niños de la calle mantiene contactos con adultos emparentados. La totalidad de los niños estudiados corresponden a esta situación. Es exacto que la mayoría de entre ellos pierde rápidamente de vista a uno u otro miembro de la familia, pero es un hecho que son frecuentes los contactos con adultos de su comunidad de origen. Es verdad que una distinción exacta de los dos tipos de regresos no es siempre fácil de hacer, sobre todo en los niños para los que la calle presenta más ventajas que desventajas. El precio a pagar es inferior a las ventajas que el niño tiene de su vida en la calle (la sensación de libertad, el dinero, el juego, lo cotidiano como espectáculo). Cuando la relación se invierte, es más fácil distinguir entre la tentativa de regreso definitivo y el regreso de rutina. En efecto, el niño busca a partir de ese momento una alternativa a su vida en la calle⁵. Por regla general el número de tentativas de regreso definitivo aumentan en función de las dificultades encontradas, aunque otros factores intervengan también. Entre estos hay que apuntar la importancia que puedan tener las personas de referencia que el niño encuentra en la calle y a las que se dirige en caso de necesidad. A menudo se trata de mujeres a las que llaman «tías». Estas les ofrecen ropa, comida y a menudo un techo. Esta relación es a menudo efímera ya que el comportamiento del adulto responde más a la piedad momentánea que a un compromiso serio. El niño lo sabe y sabe que esta situación no será duradera. Puede reaccionar de dos maneras diferentes ante esto. La primera es la más simple ya que el niño quiere aprovechar al máximo una situación que le es favorable. Comete entonces un robo en casa de la «tía» y aumenta sus exigencias materiales hacia ella. En algunos casos este comportamiento es una manera de aclarar la relación que el adulto mantiene con él. El robo no es más que un pretexto y la motivación real del niño se relaciona con la búsqueda de su identidad: provoca una situación de crisis para tantear la imagen que el adulto tiene de él. El segundo tipo de reacción es más complejo y se emparenta con una estrategia a largo plazo. El niño exige del adulto un comportamiento que lo valore.

La exigencia es de tipo afectivo y se expresa a menudo por un pedido de adopción.

Un cierto número de razones explican los regresos de rutina. Algunos niños regresan para demostrar su independencia y el éxito de su supervivencia en la calle. Regresan a menudo con regalos o dinero, jamás con las manos vacías. Otros regresan por motivos afectivos, sienten nostalgia de la madre, de los vecinos o de los viejos amigos. Otros regresan por motivos utilitarios: lavar, cambiarse de ropa, reponerse del stress de la calle. Otros regresan por obligación ya que deben entregar dinero en casa.

La relación con las «tías» tiene que ver sobre todo con los niños más faltos de afecto y que suscitan en el adulto un deseo de protección. La relación con una «tía» modifica el ritmo de los regresos a casa. Así mientras más estable es la relación menos visita el niño el hogar familiar. Los ejemplos de Luís y de Pirulito ilustran esta relación. El primero, vendiendo chicles, conoció a una mujer que le ofreció alojamiento. Esta mujer tiene una niña de 8 años. La cohabitación con la niña no va bien y éste tiene que abandonar la casa. Pirulito, por su parte, es recogido por una mujer que le ofrece comida y ropa. Ella va todos los días a buscado a la calle. Aquí también la relación se acaba porque la hija de la familia no se entiende con Pirulito y éste regresa a su casa.

El ejemplo de Emilio nos muestra a un adolescente de 16 años que tiene un discurso bastante diferente. Una mujer de la burguesía lo toma bajo su protección y se convierte así en su «madrina». Le ofrece ropa y alimentos. Le promete ayuda en el terreno profesional, pero a cambio le exige que le cuente su vida y que le hable particularmente de su madre.

⁵ Ver el párrafo 4.4.

Emilio no acepta porque le parece que ser madrina sólo de palabra no está bien y le pide una prueba no material de lo que él espera de esta mujer. No la considera como una verdadera madrina porque no se hicieron los ritos necesarios (miel sobre la cabeza, bautismo en la iglesia, etc.). Ella no se comprometió. Esta mujer es rica y los regalos que ofrece a Emilio no son una prueba suficiente de su compromiso. Solamente si se compromete a ciertos ritos podrá esta mujer convertirse en una verdadera madrina. En otras palabras, Emilio exige de esta persona que participe simbólicamente en su mundo. Quiere ser reconocido como sujeto. Sólo así esta mujer podrá convertirse en persona de referencia. La modificación del ritmo de los regresos no tiene lugar, ya que la madrina de Emilio se compromete sólo en el aspecto material. Emilio necesita un reconocimiento de su identidad, y esta necesidad intensa no está satisfecha con este encuentro.

B. La partida

El carácter progresivo de la partida es producto de una multitud de factores. El más importante es la tensión entre la autonomía que el niño reivindica a medida que progresa en el conocimiento de la calle por un lado, y el control familiar por otro. La partida se prepara en la mente del niño. Cuando el grado de tensión sobrepasa lo que el niño puede aguantar, no regresa más a casa.

En los casos del niño que trabaja en la calle y que regresa cotidianamente a su casa, la relación «comercial» que le une a la madre influye en el tipo de partida. Hay dos situaciones típicas: la primera es la del niño empleado de su madre. Vende en la calle o en los transportes públicos los productos (dulces y salados) cocinados diariamente por ella. En general son niños pre-adolescentes. Esta categoría abarca también a los niños cuyos instrumentos de trabajo han sido suministrados por el padre o la madre. Se trata en general de una caja de limpiabotas o de una suma de dinero para comprar mercaderías que el niño debe vender. La relación económica que estos niños establecen con alguno de sus padres, los integra durante un tiempo en la economía informal.

No es así en la segunda situación ya que el niño debe desenvolverse solo en la calle. Ningún contrato «comercial» lo liga a sus padres. En la primera situación el niño está sometido a una presión importante. Cuando no consigue cumplir con su parte, hay una pérdida económica que el niño debe subsanar. Este factor puede provocar la huída.

Es importante repetir que el hecho de abandonar la casa no es un episodio puntual, sino un proceso que se construye con el tiempo. Según los niños, este proceso se puede prolongar más o menos en el tiempo.

A menudo existe un factor dominante en la decisión de partir. Se trata del no regreso fortuito emparentado más a la fuga que a un abandono prolongado. Por lo que respecta a la partida prolongada, se trata de un hecho que reafirma el proceso de «niño de la calle en ciernes».

El alejamiento progresivo de la casa y la alternancia calle-casa caracterizan la biografía de los niños de nuestro trabajo. La mayoría de ellos hacen referencia a sucesos violentos o inesperados para explicar su partida. Si bien estos hechos no deben ser subestimados, no explican sin embargo por qué en una misma familia y en condiciones materiales iguales, sólo algunos niños parten mientras otros se quedan. Diferencias de edad y de sexo explican en parte este fenómeno. Los más pequeños son a menudo ubicados con una pariente o conocida, los mayores son ya independientes⁶. Los niños prepúberes son los más afectados. Estos datos son insuficientes para comprender un fenómeno cuyos rasgos constitutivos son todavía poco conocidos.

Para comprender efectivamente el alejamiento progresivo y la alternancia entre la calle y la casa, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, el sentido del espacio y del tiempo que se forma en el niño que hace la experiencia de las calles del centro urbano. Se trata de un fenómeno que toca a la nueva apropiación del espacio y del tiempo por el niño. Los días están marcados por actividades nuevas y la interacción con el espacio comporta el aprendizaje de la autonomía. Creemos que los niños que deciden partir son los que integran de manera satisfactoria este espacio y este tiempo a su identidad. La decisión de irse se ve acelerada cuando el niño se inserta en un grupo que se

⁶ Ver bibliografía al final del capítulo

encuentra ya en la calle. En cambio los niños que no logran esta nueva apropiación del espacio y del tiempo no abandonan el domicilio familiar. Si lo hacen es por obligación.

El ritmo de los regresos a casa es un elemento importante del currículum del niño de la calle, pero la calidad de las informaciones obtenidas al respecto es muy variable. Difiere en función de la imagen que el niño quiere dar de sí mismo (víctima de su madre o de su padrastro, independiente y responsable, independiente y despreocupado, etc.). Varía también en función de las ventajas inmediatas que el niño espera obtener, pero sobre todo en función de la edad del niño y de su memoria selectiva. El niño establece su propia cronología de los acontecimientos y los pondera en función de la importancia relativa que les atribuye. No estructura el pasado de manera lineal, sino cíclica: algunos sucesos son recurrentes y marcan la existencia del niño. Lo importante son los sucesos que marcan el tiempo y no la cronología o la duración. Así Sergio, un niño de 9 años, abandona varias veces la casa, pero sobretodo cambia a menudo de domicilio. Es respecto a esta movilidad residencial en la que se funda la respuesta del niño cuando se le pregunta desde cuando no ve a su madre. Primero afirma no saberlo. Precisamos la pregunta sobre si hace mucho o poco tiempo y responde: «un montón de veces» («Un montao de vez»). No es entonces el tiempo lo que se tiene en cuenta, sino la acción misma de encontrar a su madre. El tiempo toma forma a través las actividades, y es en función de esas actividades que el tiempo se percibe y se ordena cronológicamente.

Desde un punto de vista metodológico, no es necesario exigir del niño una cronología exacta de los sucesos. Lo que importa es lo que es significativo para él.

Silvano es un niño de 10 años. No sabe o no nos quiere decir desde cuándo está en la calle. En todo caso mucho tiempo. Utiliza el mismo término que el niño anterior: «l110ntao». Este término materializa el tiempo más de lo que lo haría «muito» (mucho). Es como si a través de este uso el locutor quisiera transformar al tiempo en objeto. Por otro lado, es interesante constatar que utiliza el pasado para hablar de su partida y el presente para indicar la causa. Así dice: «mi madre me transporta de un lado a otro mientras trabajaba». Se podría objetar que esa utilización es un simple error de construcción de la frase. Tenemos dudas, ya que entre los niños de la calle de edad prepúber, el carácter cíclico de los acontecimientos que los marcan produce una «actualización del pasado». A lo largo de sus relatos, los niños de la calle efectúan numerosos «flash back» sobre ciertos episodios de su vida que no están cronológicamente ligados entre sí.

Indio tiene 14 años. Cuando abandonó el domicilio familiar no se trató de un abandono ni de una fuga. No sabía, en efecto, adónde su hermano mayor lo llevaba. Explica su abandono como producto del azar ya que no sabía regresar solo a casa. Esta historia parece inventada ya que nos enteramos que Indio trabajaba en la calle antes de abandonar el domicilio familiar y daba a su madre el dinero que ganaba.

Las relaciones con sus padres las describe como alternativamente buenas y malas. Su madre lo habría echado de la casa, pero era el amigo de ella quien le pegaba. Describe a su padre como un alcohólico violento. Dice sin embargo que su padre que vive separado de su madre le pide con insistencia que se vaya a vivir con él. Sabemos que este niño regresa regularmente a casa de su madre cuando tiene dinero. Vuelve también cuando tiene problemas de salud o está herido. El retorno del niño a la casa se ha vuelto una rutina. Sin embargo, no hay que confundir la rutina con la indiferencia. Indica simplemente que la alternancia calle-casa se percibe como algo inevitable.

El ejemplo de Indio muestra que utiliza el argumento clásico de la violencia familiar para justificar su vida en la calle. A pesar de todo la violencia en sí no basta para explicar el hecho. En efecto hay que tener en cuenta la importancia del hermano que juega el papel de iniciador, y el encuentro con otros niños de la calle. Por otro lado, este niño había trabajado en la calle antes de alejarse del domicilio familiar. Había hecho así un primer aprendizaje de la calle antes de elegirla como lugar de residencia temporal.

El caso de Paulo ilustra muy bien el caso del niño que establece un balance de su experiencia en la calle y en la casa, y decide partir. Afirma que siempre quiso resolver sus problemas él solo. Después de su primer regreso forzado a la casa, le responde a su madre que lo trata de mendigo: «madre, déjame. Nadie me conoce mejor que yo mismo». La explicación que Paulo da de la partida de su casa comprende dos aspectos diferentes. En el primero insiste en el sentimiento de

haber sido abandonado por su madre, yeso, a pesar de su frágil salud y lo pequeño que era (cinco años). La actitud de desinterés que percibe en su madre lo conduce, hacia los ocho años, a abandonar por primera vez la casa. Este alejamiento es primero un modo de castigar a su madre, pero esa partida tiene también otra función: modificar el comportamiento de la madre, y ponerla a prueba. Es la función latente de su acto. Pero esta función tiene también una dimensión ligada a la identidad de Paulo ya que quiere que la madre lo valore.⁷

En la dinámica del alejamiento, el lado provocador de ciertas partidas no debe ser olvidado. En efecto, es uno de los elementos que explica porqué, bajo condiciones familiares iguales, algunos niños abandonan su domicilio y otros se quedan. El segundo aspecto concierne la tensión que se produce entre las exigencias materiales de la madre y la emancipación del hijo que trabaja en la recuperación de chatarra. Paulo le entrega el dinero que gana vendiéndola. Después empieza a robar ropa en complejos comerciales que luego revende. Así dispone de importantes sumas de dinero que no quiere entregar a su madre, quien comienza a desconfiar y quiere saber de dónde proviene el dinero. Es entonces que Paulo se refiere a la violencia física que su madre ejerce sobre él: «Si llegaba a la casa sin dinero, me pegaba. Tenía miedo». Su relato se asemeja al de la mayoría de los niños cuando hablan de la violencia de los padres para explicar su partida. El conjunto de su testimonio a lo largo de cinco entrevistas no permite considerar la violencia materna como el factor principal de su partida.

Si bien se trata de un elemento que pudo desencadenar la partida, en ningún caso la explica. Esta situación se repite en la mayoría de niños con los que hemos trabajado. La partida de Paulo está preparada por un conjunto de factores cuyos efectos se refuerzan mutuamente. Están en principio la personalidad y el carácter independiente del niño, la dimensión de su identidad, la demanda de ser reconocido y valorado por la madre. La partida se vuelve un modo de provocación. Por otro lado, la independencia de este niño reposa sobre el crecimiento de sus recursos (aumenta sus ganancias), lo que provoca un cambio en las exigencias de la madre. La partida es entonces un desafío y un medio para reducir la tensión de la relación con la madre. La violencia materna no hace más que precipitar este episodio.

C. El caso de Colen y de Odair

El caso de Colen confirma la complejidad y el carácter gradual del paso a la calle. Sus padres se separan y su madre se va de la ciudad del Nordeste donde vivían para ir a Río de Janeiro. Desde entonces existe una relación doble del niño hacia sus padres. Por una parte responsabiliza a su madre de la degradación de la vida familiar. Habla de cómo su padre se privó de todo para cuidarla cuando estuvo enferma. Ahora que ella se ha ido es el padre el que está enfermo y no puede trabajar. Colen se solidariza con él. Dos veces que el joven ha ido a Río, no tardaría en regresar al Nordeste. La primera vez que llegó a la ciudad, a la Praya Carioca, tenía 10 años. Está zarandeado por los padres y la relación que mantiene con cada uno de ellos es determinante para comprender su partida a la calle. Colen alterna el trabajo en la calle (limpiabotas, vendedor de cigarrillos) con la vida en la calle sin lucratividad alguna «legítima». Es a la vez niño en la calle y niño de la calle⁸. Se distinguen dos tipos de huidas a la calle. Colen dice: «Aquí en Río, donde vivo con mi madre, huía. Aquí es diferente. Allá en el Nordeste, cuando vivo con mi padre, salía a trabajar para ayudarlo.». Así vemos que opone huir y salir.

Colen huye para resolver problemas personales, pero sale para aliviar a su padre. Durante cierto tiempo el padre de Colen viene a vivir a Río con su madre. A pesar de ello el niño se aleja progresivamente de su casa. Este alejamiento está a medio camino entre la huída y el hecho de salir a trabajar. En un primer momento sigue a su hermano vendiendo juntos golosinas en los trenes que van del extrarradio al centro de la ciudad, regresando cada tarde a la casa. El dinero que gana sirve para comprar leche, café y pan. Sin embargo, lo que gana no es suficiente y cada

⁷ Ver párrafo 4.2.

⁸ Hay que recordar las dificultades para una distinción clara entre estas dos categorías de niños. A lo largo de su existencia en la calle, los niños pasan alternativamente de una categoría a otra. Este movimiento se asemeja a lo que D. Matza ha llamado el «drift, de los jóvenes que alternan -en el contexto americano- entre la desviación y la conformidad (Matza D., *Delinquency and Drift*. en: S.H. Traub y Cs. Little: "Theories of Deviance", hasea. t975).

vez vuelve más tarde, porque espera así ganar un poco más. Da el dinero a su madre que le deja un poco para que compre las golosinas que deberá vender al día siguiente. Una tarde pierde el último tren y no puede regresar a su casa. Colen va cada vez más lejos para conseguir el dinero que debe aportar a su casa. Le permite explorar la ciudad y conocer a otros niños. Así participa de grupos que los niños forman en su lugar de trabajo y comienza a disfrutar de una cierta independencia. Al principio se guarda una parte del dinero, y luego ya no le da nada a su madre, quien no le dice nada ni lo castiga. Sin embargo, Colen acaba por quedarse en la calle, aunque regresa regularmente a casa.

Esta alternancia es un elemento constitutivo de la carrera del niño de la calle.

Este abandono no se debe a malos tratos sino que es fruto del aprendizaje de la vida en la calle. Las ocasiones para gastar dinero aumentan. El papel de las chicas se vuelve importante, y el caso de Colen ilustra también la influencia que ellas pueden ejercer. No son chicas del centro urbano, sino del barrio donde vive. En las relaciones con ellas la vestimenta es algo importante. El chico tiene nuevas necesidades de dinero que lo llevan a buscar más independencia de sus padres. Constatamos aquí cuatro dinámicas ligadas entre sí y que tienen que ver con la partida:

- A. la huida es consecuencia de una presión no violenta
- B. ir a la calle a trabajar es consecuencia de una elección personal
- C. echarse a la calle para ayudar a la familia es consecuencia de una obligación que no implica violencia física por parte de los padres
- D. El alejamiento progresivo resulta de la creación de nuevas necesidades y del aprendizaje que le permite al niño llevarlas a cabo.

En ese caso la calle se convierte poco a poco en un lugar donde el niño desarrolla una nueva identidad⁹. Colen cuenta cómo un día aceptó acompañar a un hombre a un «morro» para no ser tratado de cobarde¹⁰. No teniendo dinero para pagar el viaje de vuelta no regresa a su casa esa noche. No es la primera vez que esto le sucede. Al inicio los niños realizan regresos a casa que son de corta duración. Todo eso forma parte del aprendizaje de la calle, aunque no sea la del centro. El niño va cada vez más lejos y vuelve cada vez más tarde. Las ocasiones o los accidentes que lo retienen en la calle son a menudo episodios que van encadenando el proceso de alejamiento.

El paso a la calle es gradual, y el niño no lo tiene programado.

Entre los factores que aceleran el pasaje del niño a la calle con excepción de las condiciones de vida familiares (violencia física, ausencia prolongada de los padres, precariedad económica, promiscuidad, exigencias financieras de los padres) hay que destacar:

- A. presencia de un tutor que conoce la calle y se la va descubriendo al niño
- B. inserción rápida en un grupo o banda de niños
- C. inserción rápida en un programa de asistencia a los niños de la calle
- D. distancia geográfica importante entre la calle y el domicilio familiar
- E. multiplicación de ocasiones de supervivencia
- F. identificación progresiva con otros niños de la calle y su modo de vida
- G. consumo progresivo de inhalantes
- H. intensidad de satisfacción que el niño obtiene en su aprendizaje de la vida en la calle

La relación que el niño mantiene con el mundo de la calle y con su familia cambia cuando estos factores se modifican. Intenta entonces un regreso a casa o busca una alternativa a la calle.

Odair es un niño de 10 años que ilustra de manera ejemplar el caso de la fuga. Las condiciones materiales de la familia no parecen tener aquí ninguna importancia con respecto al alejamiento del niño. Odair multiplica sus fugas a un ritmo elevado. A pesar de ello no parece integrarse del todo en la calle y los conflictos con otros niños son frecuentes. Ha sido escolarizado y sabe leer y escribir. Una foto lo muestra con un grupo de niños que frecuentan un programa de asistencia al

⁹ Ver capítulo 4.

¹⁰ En Río los «morros» son las favelas que cuelgan de las colinas que dominan la ciudad. Tienen reputación de ser peligrosos para los que no viven en el lugar

que Odair acaba de integrarse. El está apartado de los otros y no parece formar parte del grupo. La cara de Odair expresa inteligencia, pero también una cierta tensión en la mirada. Esta foto ilustra la no integración de este niño en el grupo, y al ser nuevo en la calle, no conoce las reglas del juego.

Sin embargo, no es la primera vez que se encuentra en la calle. Las idas y venidas entre la casa y la calle parecen mostrar que pertenece a una categoría de niños que no han encontrado todavía un lugar que les convenga a su inserción social.

Se trata de niños atrapados en la disyuntiva calle-casa, y que no pueden decidirse por una de las dos. Son niños que en ningún lugar se sienten cómodos. No disponen de una persona o de un grupo de referencia predominante que pueda integrar su identidad sobre el plano afectivo, cultural y social¹¹. Están en un eterno movimiento que va de la casa a la calle y viceversa. En la calle buscan con insistencia la protección de un adulto. La fuga y el retorno a la casa marcan entonces el ritmo de la existencia de estos niños.

Odair busca opciones pero teme comprometerse demasiado pronto con la calle. En los niños como él, la alternancia calle-casa es la consecuencia de su posición marginal en los dos contextos. No encuentran ninguna referencia a su identidad, o sólo referencias muy débiles, lo que a menudo se acompaña de un doble rechazo. En su caso, está por una parte la actitud ambigua de la madre, que le recuerda su condición de niño adoptado y añade que ella hubiese preferido, dada sus numerosas fugas, haber adoptado a alguien diferente. La madre afirma que Odair lleva desde hace tiempo un apodo, «el fugitivo». También los vecinos de la madre agreden verbalmente al niño cuando regresa a su casa. Por otra parte, en la calle los otros niños lo rechazan y le ponen apodos tales como «chivato», «loco» y en tono peyorativo «estudiante».

Este tipo de alternancia entre la calle y la casa no es asimilable a la que reside en la elección personal del niño. Estamos en presencia de dos categorías diferentes de niños. En el segundo caso, el niño no está confrontado a un doble rechazo de la calle y de la familia. La búsqueda de un adulto protector se da en muchos niños, pertenezcan a una u otra categoría. Sin embargo, el sentido de esta búsqueda varía según la categoría a la que se refiera. En el caso de Odair esta búsqueda es de tipo identificadorio¹². En el caso de los otros es ante todo de tipo utilitario (recibir un techo, alimento, protección)¹³. La partida progresiva a la calle así como la alternancia entre la calle y la casa están asociadas a la construcción del sistema de identidad del niño. No se trata sólo de la construcción de la imagen de sí mismo, sino también de la identidad cultural y social del niño. Vemos así que la partida a la calle toma formas múltiples ya que es un proceso gradual de alejamiento y no una ruptura brutal y definitiva. Esto no significa que esta ruptura no exista. Simplemente no resume por sí sola toda la cuestión de la partida. Fijarse en una modalidad única de abandono impide toda comprensión real de la presencia de niños en la calle. Llegamos así a una simplificación extrema del fenómeno. Esta simplificación es muy frecuente ya que concuerda con la imagen «miserabilista» de los niños y su medio. Esta imagen es predominante y simplifica artificialmente los criterios de intervención y asistencia en la calle. El niño es simplemente una víctima a la que hay que rescatar. No es ni actor ni sujeto, sino el producto de la desorganización familiar que predomina en los sectores desfavorecidos de la población. El efecto estigmatizante de esta óptica es evidente. Es confortable ya que evita hacerse demasiadas preguntas sobre la complejidad del fenómeno. Desde el momento que se admite la naturaleza compleja y gradual de la partida, se pone en duda necesariamente toda pedagogía unidireccional.

El proceso de fuga es gradual ya que implica el aprendizaje de la calle, pero también el de los aspectos simbólicos e identificadorios. La reivindicación de una mayor autonomía por parte del niño no debe ser subestimada, sobre todo entre los preadolescentes. La necesidad de nuevos estímulos que el contexto espacial y social de la periferia no puede proporcionar, constituye un elemento importante en la motivación que lleva a ciertos niños a abandonar el domicilio de los padres¹⁴ 14.

¹¹ Ver capítulos 3 y 4.

¹² Ver capítulos 3 y 4.

¹³ Estas dos categorías de niño son tipos ideales cuya función es darnos una clave en la lectura de la realidad.

Un estudio más profundo es todavía necesario para poder llegar a una tipología de la fugas. Es evidente que tal tipología sería un aporte muy importante para los que trabajan con los niños de la calle.

A título indicativo nos parece posible distinguir varias formas de alejamiento:

- A. la fuga
- B. la tentativa de fuga
- C. la huída fortuita
- D. la ruptura-expulsión
- E. el abandono del niño
- F. el regreso de rutina
- G. el regreso ritual
- H. la tentativa de regreso definitivo
- I. el regreso definitivo
- J. el alejamiento definitivo

Todo eso se produce en un marco donde se combinan elementos lúdicos y elementos de presión. La racionalidad del niño se expresa en el balance que él establece entre la calle y la casa, y esto gracias al aprendizaje que realiza en la calle. Esta racionalidad, combinada con formas de sociabilidad propias a la «pre-calle» (que corresponde a todo lo que el niño aprende de la calle sin estar todavía), da origen a diferentes tipos de alejamiento. Insistir en el carácter progresivo del alejamiento, permite llamar la atención sobre la multiplicidad de factores y de mecanismos que están presentes en su origen. Como veremos más adelante¹⁵, las competencias simbólicas del niño condicionan la relación que el niño mantiene con la calle, y por lo tanto, la imagen que tiene de ésta. Cuanto más importantes sean estas competencias, más el niño refuerza su autonomía, no sólo con respecto a la calle sino también con respecto a los adultos de los que se ha alejado. Esto afecta también al balance que el niño saca de la vida en la calle y las consecuencias de un regreso a casa.

El criminólogo americano D. Matza utiliza la noción de deriva («drift») para indicar cómo el delincuente alterna entre un polo formado por valores y normas de conformidad que sostienen comportamientos no desviados, y un polo formado por modelos de comportamiento que sostienen lo contrario¹⁶. A este propósito escribe:

«The image of the delinquent 1 wish to convey is one of drift; an actor neither compelled nor committed to deeds nor freely choosing them; neither different in any simple or fundamental sense from the law abiding, nor the same. [...] The delinquent is casually, intermittently, and transiently immersed in a pattern of illegal action. [...] Not only is he available but a moments' reflection tells us that, concomitant with his illegal involvement, he actively participates in a wide variety of conventional activity... Thus, he drifts between criminal and conventional action.»

Esta larga cita no debe hacer pensar que se asimile al niño de la calle con la delincuencia, pero sí que hay una analogía entre el niño que oscila entre la casa y la calle y el delincuente que oscila entre la desviación y la conformidad. Como veremos en el capítulo 4 ese movimiento de alternancia entre referencias de identidad diferentes no es el mismo en todos los niños, ni se da de la misma manera. En efecto, concierne a los niños más pequeños (9-12 años) así como a los

¹⁴ Laura A. Castellanos. miembro del equipo de investigación en México llamó nuestra atención sobre la importancia de los factores personales en la fuga del niño. Observó que los niños de la calle que estudiamos en Ciudad de México (Taxquña), son a menudo niños que no encontraban suficientes estímulos en el medio urbano de sus barrios de origen. Laura A. Castellanos constata que se trata de niños particularmente precoces y curiosos de las cosas de la vida. Por eso se da la fuga, como un modo de satisfacer sus necesidades de novedad. En el caso de estos niños, este factor personal sería el catalizador que determina las modalidades y el ritmo de la fuga.

¹⁵ Consultar párrafos 2.3. y capítulo 3

¹⁶ Ver bibliografía al final del capítulo.

mayores (16-17 años). Los niños en edades intermedias parecen menos afectados por el «drift» ya que su identificación con el mundo de la calle es mayor que entre otras categorías de edad. El movimiento de balance entre el polo de la calle y el polo de la casa afecta la carrera del niño de la calle. Su ritmo está regulado por las gratificaciones materiales y de identidad que el niño tiene en la calle, así como por las dificultades que padece.

El caso de los niños abandonados que no tienen ya referencias familiares es diferente porque las condiciones necesarias para un movimiento de deriva no se dan. Hay que precisar que en nuestro corpus ningún niño era abandonado. Sólo una minoría entre los niños de la calle son a la vez niños abandonados¹⁷

2.3. ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA Y EL SISTEMA DE LA OPORTUNIDAD

No se trata de hacer una descripción exhaustiva de las estrategias de supervivencia que utilizan los niños de la calle para resolver sus problemas cotidianos. Estas estrategias son numerosas y merecerían que se les dedicase un estudio completo. Nuestro enfoque aquí no es de tipo etnográfico porque su fin es el de destacar las competencias simbólicas y sociales del niño de la calle. En efecto, el estudio de estas competencias demuestra las capacidades de adaptación de los niños a las condiciones de vida en la calle así como los recursos de que dispone en el plano simbólico, recursos que no son menos importantes que sus recursos físicos. Los recursos simbólicos pueden ser incluso más importantes para el bienestar del niño en la calle ya que le permite construir voluntariamente significados que utiliza para su ventaja.

Así vemos el caso de Paulo que no se deja llevar hacia un enfrentamiento directo con los que son más fuertes que él, pero utiliza el desafío verbal para afirmarse. Las competencias verbales están muy utilizadas entre ellos como medio de defensa. El bienestar se refiere al conjunto de las necesidades del niño y en particular a sus necesidades de identidad. La necesidad de ser valorado y la necesidad de gratificación social son de las más importantes y conciernen directamente la imagen que tiene el niño de sí mismo¹⁸. El aspecto simbólico de estas estrategias permite mostrar cómo el niño utiliza la calle. En otras palabras, no está indefenso ante las dificultades de la calle, es un actor social que elige y que crea oportunidades que sabe cómo explotar. Veremos que a nivel de las competencias existen diferencias significativas entre los niños.

A. Racionalidad y estrategia

Las estrategias de supervivencia están relacionadas con el desarrollo de la racionalidad del niño. Como en todas las personas, esta racionalidad es limitada. Depende del conocimiento que tiene el niño del mundo de la calle, del control que ejerce sobre su emotividad, de sus competencias cognitivas y de su inserción social. Está pues sometida a las informaciones de que dispone el niño y a su capacidad para utilizarlas. Un niño no tiene estrategia si, disponiendo de una información adecuada, no es capaz de utilizarla para alcanzar un objetivo. La ausencia de un objetivo es un obstáculo absoluto para la creación de una estrategia.

El grado de elaboración de estrategias en el niño de la calle es muy variable. Depende del tipo de objetivo a alcanzar, el contexto en el que éste se sitúa y de los medios de los que dispone. Las estrategias más simples son las que consisten en escapar de un peligro que surge bruscamente (policía, agresiones físicas). En este caso se trata ante todo de salvaguardar la integridad física. Las estrategias más elaboradas consisten en la búsqueda de protección y afirmación personal.

¹⁷ La noción de abandono es a menudo utilizada de manera abusiva cuando se designa de ese modo lo que en realidad es que el niño es aceptado en casa de un familiar o de un vecino. La circulación de niños de un miembro a otro del sistema de parentesco, o incluso entre mujeres que no tienen nada que ver, es un fenómeno corriente en los barrios marginales. Según el autor C. Fonseca esto forma parte de la cultura popular y no es sólo la expresión de una estrategia de supervivencia.

¹⁸ Ver capítulo 3.

Para la búsqueda de protección hay que diferenciar entre la que tiene que ver con lo que sucede en la calle y la que tiene que ver con lo que sucede en la vida. La primera tiene que ver sobre todo con los niños más pequeños, y está relacionada con la supervivencia en la calle (alimentos, ropa, dinero, afecto, techo). Su función es la de mejorar las condiciones de vida en la calle. La segunda tiene que ver con los niños mayores (adolescentes) que intentan abandonar la calle. Su función es la de asegurar una continuidad después de la calle. En este caso la búsqueda de protección va unida a un proyecto a más largo plazo y a menudo está ligada con la búsqueda de un «compadre» (padrino) que pueda abrir e las puertas del mundo de los adultos. Es generalmente en este punto donde muchos adolescentes entran en el mundo del crimen. No nos ocuparemos de este segundo tipo de modalidad.

La afirmación de sí mismo equivale a reivindicar un reconocimiento social por parte de aquellos con los que se interactúa. En la calle, la afirmación de uno mismo está constantemente sometida a pruebas que la ponen en peligro. Al tratar la cuestión del desafío veremos que los niños lo utilizan como medio de afirmación de sí mismo. Las estrategias de supervivencia son comportamientos. Por ser de tipo estratégico deben estar orientados hacia resultados, poseer su propia racionalidad, teniendo en cuenta las oportunidades que se ofrecen al actor y la conducta de sus adversarios¹⁹. De todos modos, una estrategia no se dirige únicamente a los adversarios. Esto se verifica en la mayoría de estrategias de búsqueda de protección. El niño se presenta como alguien vulnerable, a menudo en el papel de víctima. El ofrecimiento de protección es una estrategia que intenta crear una relación de dependencia entre dos o más niños. Hay pues varios tipos de estrategias. Inspirándose de H. Touzard, E. Marc y D.

Picard distinguen cuatro tipos de estrategias²⁰ que se encuentran en los niños de la calle. En primer lugar la coerción (amenaza, comportamiento agresivo por ejemplo). Después el disimulo (manipulación de la información). La tercera es la estrategia de persuasión (se muestra la propia determinación, se utiliza la seducción). Y para acabar tenemos la acomodación (se buscan los puntos de acuerdo). Estas estrategias se despliegan siempre en un contexto de negociación y, según las circunstancias, los niños utilizan unas u otras. Al contrario, estas estrategias no se aplican en situaciones de urgencia (aprovechar una ocasión favorable que se presente bruscamente, como un robo, o evitar un peligro imprevisto). Si no hay negociación el niño recurre a otras estrategias. Veremos también que utiliza otras estrategias para crear situaciones que le sean favorables.

Conviene precisar todavía la noción de racionalidad propia ya que es importante en una perspectiva intercultural.

Lo que caracteriza este tipo de racionalidad es que por un lado es limitada y por otro está condicionada culturalmente. Está limitada por el tipo de información de que dispone la persona que decide. La racionalidad es también una función de la libertad de que dispone el actor social. Según el modelo clásico, el actor social es libre si es capaz de definir su propio orden de preferencias²¹. El hombre racional no debe verse limitado por deseos o por creencias contradictorias, y las elecciones que hace deben ser consistentes. Pero vemos que estas elecciones están condicionadas por el interés personal. El problema principal que encuentra el hombre racional es el de la elección de medios, elección a su vez condicionada por la comparación entre los costos y los beneficios. Sin embargo este modelo de racionalidad no permite integrar lo que es específico a la racionalidad propia de los actores sociales. Esta especificidad viene del condicionamiento normativo de la racionalidad. Es la racionalidad normativa («Wertrationalität») de Max Weber. El actor no tiene como punto de referencia su solo interés, se orienta también en función de los otros. Cuando intenta satisfacer sus deseos, el actor no solamente está condicionado por sus posibilidades, sino también por los valores de la sociedad o los del grupo al que pertenece. Estando la racionalidad condicionada por la cultura, se dan diferencias considerables entre las racionalidades propias específicas de las diferentes sociedades y grupos sociales. Así por ejemplo,

¹⁹ Ver bibliografía al final del capítulo

²⁰ Ver bibliografía al final del capítulo

²¹ Ver bibliografía al final del capítulo

la costumbre en los barrios marginales brasileños, que consiste en entregar los niños pequeños a otras familias, forma parte de una estrategia compleja que permite tejer una red de derechos y obligaciones. Esto va a menudo unido a las necesidades de supervivencia de la familia monoparental. Sin embargo esta circulación de niños es vista por las clases medias como una deprivación, y no se le atribuye racionalidad alguna. Las estrategias adoptadas por los niños de la calle implican pues racionalidades específicas condicionadas cultural y emocionalmente.

B. El sistema de la oportunidad

Conviene abordar ahora el concepto de la oportunidad. Aplicaremos esta noción al problema del condicionamiento del niño por el medio de la calle. Este concepto nos permitirá así abordar el problema de la autonomía del niño en relación al contexto social.

Encontramos entonces el problema del niño definido principalmente ya sea como sujeto activo (que actúa sobre su medio), sea como objeto (que es condicionado por su entorno). Es el tema del grado de autonomía del niño en relación a las dificultades de la calle. M. Cusson define la oportunidad como un trío constituido por:

- A. las posibilidades propias del actor (afectivas, cognoscitivas, culturales, sociales, físicas)
- B. las ocasiones de actuar con las que se enfrenta
- C. sus intenciones o fines

Una oportunidad se constituye cuando un actor puede, gracias a sus recursos, aprovecharse de las circunstancias para realizar sus fines. Es el encuentro con una situación y la capacidad de sacarle provecho. Oportunidad y ocasión definen dos fenómenos diferentes. Una ocasión es lo que se produce en el medio del actor sin que éste intervenga personalmente. No es más que uno de los elementos del sistema de la oportunidad. La ocasión es el elemento «bruto» del sistema de la oportunidad ya que se elabora y percibe en función de los recursos, de los intereses y de la pertenencia social del actor. La percepción y la elaboración de una ocasión es también tributaria de la presencia sobre el terreno de otros actores. Algunos forman parte de los recursos del actor, otros en cambio, le imponen límites. El sistema de la oportunidad permite al actor situarse en el espacio social. Por regla general mientras más elaborado sea el sistema, más autónomo será el actor con respecto al medio social referido por la oportunidad. El grado de elaboración de la oportunidad está determinado por la calidad de los recursos del actor así como por la capacidad de ponerse metas adecuadas. La combinación entre recursos y metas constituye la motivación del actor.

Mientras más estructurada esté la motivación, más estructurado estará el sistema de la oportunidad. Por otro lado, el sistema de la oportunidad está ligado a la estructura social en la que participa el actor (relaciones de actitudes y relaciones jerárquicas en el grupo). En la calle el sistema de la oportunidad es un instrumento de supervivencia particularmente importante. Le permite al niño prever los acontecimientos en lugar de sufridos cuando se producen. Así cuanto más estructurada esté la oportunidad, mejor se adapta el niño a la vida en la calle.

En otras palabras, utiliza la calle lo mejor que le permiten sus posibilidades. Para los que disponen de un sistema así, la calle se vive de manera positiva. En cambio, los niños que no disponen de un sólido sistema de la oportunidad viven la calle de manera negativa. La evaluación de la vida que llevan en la calle está caracterizada por la necesidad constante de una explicación de sus fracasos. Están siempre a la búsqueda de una protección. Por el contrario, los que pertenecen a la primera categoría, afirman su independencia. Están satisfechos de su vida en la calle, afirman este estilo de vida y se muestran a menudo provocadores en sus relaciones con los otros. Los segundos, sufren la calle y desean abandonada. Practican fácilmente la autoculpabilización buscando la protección de los demás. Sin embargo, admiran a los «gamines» y los toman como modelo²².

La importancia del sistema de la oportunidad para la supervivencia en la calle crece a la vez que el niño. La percepción que tienen los adultos del niño de la calle, cambia en función de la edad de éste: el aspecto físico de los niños condiciona las actitudes de aceptación o de rechazo por parte

²² Ver bibliografía al final del capítulo

de los adultos. La presencia en la calle de los niños más pequeños (5-10 años), está aceptada por los adultos. Al contrario, a partir de la pubertad y la adolescencia el rechazo es mayor. Los más pequeños suscitan compasión, los adolescentes miedo y repulsión. Las relaciones entre los adultos y los niños están mediatizadas por estos sentimientos. Cuando el niño empieza a inspirar miedo a los adultos, debe en consecuencia reforzar su sistema de oportunidad para compensar ese cambio de actitud. Este sistema se vuelve un factor determinante para su mantenimiento en la calle, y también para la calidad de las relaciones que mantiene con el mundo de la calle. Así mientras más desarrollado esté el sistema de la oportunidad, más se siente el niño en sintonía con su medio, ganando en independencia. En cambio, los déficits en el sistema de la oportunidad conducen al niño a buscar situaciones donde esté protegido por otros (adultos o bandas de niños). Veremos más tarde que el éxito en ese paso condiciona el desarrollo posterior de la existencia del niño de la calle.

C. Las diferentes estrategias

Los niños más pequeños de nuestra investigación (912 años) hablaron del problema de su seguridad durante la noche. La noche es una fuente de preocupación constante ya que hay que encontrar abrigo contra la intemperie, pero sobre todo protección contra las agresiones. Es significativo que todos los niños hayan buscado y obtenido protección de la policía. Para los más pequeños las comisarías de policía repartidas por todo el centro de la ciudad constituyen una zona de seguridad. En cambio, ningún niño prepúber o adolescente buscó semejante protección. Este comportamiento es propio de un niño que no ha encontrado su inserción en la calle y está todavía relativamente aislado. Se trata de un comportamiento individual que no implica todavía para el niño contrapartidas importantes. Desde el instante en que el niño entra a formar parte de una red, un comportamiento así no tiene ya justificación. Este tipo de protección está reservada a los neófitos de la calle o a los niños expulsados del grupo al que pertenecían. Tal comportamiento individual no es comparable a la protección que la policía concede a ciertos prepúberes y adolescentes. En el último caso, se trata de una protección impuesta a los niños contra una remuneración en dinero o en objetos robados.

En el caso del procedimiento individual, el niño debe negociar la protección de la policía. La estrategia adoptada por el niño es en general la de persuasión. Con el fin de seducir al adulto, el niño se presenta vulnerable e inofensivo. Su objetivo es que la policía lo vea como una víctima potencial de una agresión nocturna. El niño sabe que su aspecto físico es un punto a su favor. Sabe también que puede serles útil en pequeñas cosas (comprar cigarrillos, el periódico, limpiarle los zapatos). Si no tiene ningún poder de negociación, sabe muy bien cómo utilizar la percepción que los adultos tienen de los niños de la calle más pequeños. Es una de las razones por las que esta categoría de niños busca preferentemente la protección de un adulto. La presencia de un equipo restringido de policías es otro elemento importante que condiciona el comportamiento del niño. El hecho que los policías se encuentren en general en un mismo lugar es favorable para los niños, ya que así se aseguran durante cierto tiempo la estabilidad y la seguridad de la protección.

Utilizando un discurso dialogado, Pirulito (11 años) cuenta cómo obtuvo la protección de los agentes. Esta forma de discurso directo está muy extendida entre los niños de la calle y las capas populares brasileñas. A través del discurso directo, el niño procede por diálogos que reconstruye para darle mayor evidencia a la acción a la que se refiere. Por este procedimiento, escenifica el episodio que cuenta: le da la palabra a sus interlocutores, y él mismo habla en primera persona. Esto da más veracidad y nos acerca al hecho relatado. El discurso directo parece abolir el tiempo transcurrido y reactualiza el pasado. Parece también ser una forma de lenguaje que facilita la actualización de lo que se ha almacenado en la memoria. Los niños de la calle tienen tendencia a usar la forma dialogada cuando lo que dicen les parece que tiene una importancia particular. El discurso directo expresa él mismo el sentido de un acontecimiento y el locutor no debe comentarlo ni explicarlo más. La forma no dialogada no posee esta evidencia. Se puede suponer que el discurso dialogado es también una forma cotidiana del lenguaje que se adapta a los mecanismos socio-cognoscitivos del niño de la calle. Estos mecanismos han sido poco estudiados, y

no nos es posible levantar una hipótesis cualquiera sobre el hecho. Se puede suponer que el discurso dialogado es un instrumento del que el niño se sirve para dar salida al significado del episodio que relata. Como escribe U. Windisch, el significado corresponde al sentido situado²³. El discurso dialogado pone directamente en escena a los personajes que están en acción. Esta escenificación sitúa a los actores, y proporciona un contexto que es a su vez portador de significados. Las palabras adquieren así para el niño una connotación en conformidad con la situación que relata. El discurso dialogado tiene una cuádruple función:

A. es utilizado como una prueba o una ilustración de lo que dice el niño. Este caso es el de los niños que pueden expresar el suceso y comentarlo. Se trata de los niños mayores que aparecen en este trabajo.

B. el discurso dialogado es un medio que hace desaparecer el tiempo ya que comporta una retórica del espectáculo en la que el tiempo pierde sus determinaciones²⁴

C. el discurso dialogado permite a los niños que no disponen de competencias verbales importantes describir el acontecimiento sin tener que analizar los hechos de forma complicada.

D. el carácter didáctico del discurso dialogado no ofrece ninguna duda. Es una estrategia que sirve para convencer al interlocutor de la veracidad de lo que se cuenta. La utilización del discurso dialogado no es siempre la manifestación de una carencia de verbalización y de abstracción por parte del que habla.

Se puede suponer que el discurso dialogado sea la consecuencia de una debilidad de naturaleza sintáctica y léxica, una dificultad a la hora de utilizar el lenguaje abstracto. Cuando el que habla no puede claramente expresar una idea compleja recurre a la forma dialogada.

Pirulito se acerca gradualmente a la comisaría de policía pero no se dirige enseguida a los agentes. Decide dormir por un cierto tiempo cerca de allí. Luego pide a un policía que lo proteja. Va actuando progresivamente y espera una situación propicia para concluir su aproximación. Esta ocasión se presenta cuando, para protegerse de una tormenta, Pirulito corre hacia el puesto de policía. Las cosas se desarrollan muy deprisa ya que sin transición alguna el niño nos dice cómo el policía le permite entrar en la comisaría. Puede dormir allí. Incluso puede dormir en el vehículo de la policía. Con una voz grave Pirulito nos cuenta cómo los policías cuidan su sueño y lo respetan. En efecto, no sólo no lo despiertan sino que cuando un agente llega a la comisaría, pregunta por él. Así vemos que se siente valorado por los policías. El tono de su historia, así como el diálogo entre policías contado por el niño, ilustran esta valorización. Pirulito nos presenta tres intercambios verbales entre los policías, y en los tres hablan de su sueño. Después, Pirulito está indefenso. Esto confiere a la actitud de los policías una verdadera credibilidad.

La calle como medio de vida condiciona las estrategias de supervivencia. Sin embargo, la calle no es vivida de la misma manera por todos los niños. La manera de vivir la calle influye en las estrategias de los niños. La calle es por definición ambivalente ya que es una mezcla de dificultades y libertades, de violencia y de complicidad, de peligros y de modos de supervivencia. Esta mezcla produce alternativamente placer y sufrimiento, alianzas y separaciones, engendrando en algunos niños estados de excitación permanente que repercuten en el sistema de la oportunidad. Éste es poco elaborado y el niño tiende a reaccionar ante el acontecimiento, más que a prevenirlo, a saca de partido o incluso provocado. El niño sufre generalmente los acontecimientos y sus estrategias se caracterizan por una carencia a nivel de los fines y de los recursos personales (sobre todo afectivos y cognoscitivos).

La ambivalencia de la calle no es incompatible con estrategias más elaboradas. Así la situación de los niños que se especializan en robos ilustra una estrategia de complejidad media. El caso de niños que no dan su verdadero nombre es un fenómeno corriente. Algunos van hasta el hecho de hacerse pasar por otro niño del que adquieren la identidad y a veces incluso el carné de identidad. Este carné es de mucho valor para el niño ya que así puede demostrar que existe legalmente, lo que le confiere una cierta protección cuando se enfrenta a la violencia policial. Para los niños mayores el carné prueba que todavía son menores, como Gordo, que tiene el carné de un niño muerto. Este papel le da una seguridad relativa pero real en sus contactos con la policía. Un niño

²³ Ver bibliografía al final del capítulo

²⁴ Ver bibliografía al final del capítulo

que no nos dice su nombre, pero probablemente el de otro niño que existe realmente, nos dice: «La realidad está hecha para que se la conozca hasta cierto punto».

La estrategia del camuflaje es practicada por todos los niños y no consiste únicamente en una forma de estrategia simple, cambio de identidad, manipulación de apodosos o de la edad, sino que puede tener otras dimensiones. Así Silvano, de 11 años aproximadamente, expresa de manera caricaturesca la práctica del camuflaje. Dice: «me fui de casa, tengo 11 años, tengo 12 años, tengo 3 años, tengo 4 años, tengo 16 años, tengo 12 años, tengo 14 años. Vivo en Belford Roxo, vivo en Itaipú, vivo en Silo Gonzalo, tengo 15 años». Acaba diciendo que su madre le pegaba y le echaba agua caliente. Teniendo en cuenta el carácter lúdico del comportamiento verbal del niño, nos parece que se pueden destacar dos mensajes en lo que dice. El primero es una advertencia al adulto: el niño de la calle no sólo no se entrega jamás completamente, sino que también, si quiere, puede mostrarse inalcanzable. Además, puede convertirse en otro en cualquier momento. En función del contexto y de sus necesidades, se inventa una nueva identidad con la rapidez del rayo. En cierta manera, reivindica el respeto de una esfera personal de la cual quiere guardar el control. No se entrega si no quiere, y esta decisión le pertenece. Él solo juzga cuándo, cómo, por qué y a quién se va a confiar. Así la estrategia de camuflaje no concierne solamente a la seguridad personal del niño sino también a su identidad. Este es el segundo mensaje que nos envía. Además, el tema de la seguridad y la reivindicación de autonomía por un lado, y el de la identidad por otro, están ligados. En efecto, lo que dice Silvano ilustra un cierto tipo de relación entre los sucesos y él mismo. Puede tener todas las edades, eso depende de las circunstancias. Es como si el tiempo fuera reversible. Puede vivir en cualquier lado, no se deja definir de una vez y para siempre. Es niño, adolescente y adulto al mismo tiempo.

En la calle la necesidad de seguridad es prioritaria y la mayoría de las estrategias de supervivencia de los niños están condicionadas por esta necesidad. En las primeras conversaciones, Gordo dice tener 14 años cuando en realidad tiene 18. Tiene un carné de identidad que pertenece a otro niño víctima de un arreglo de cuentas. Gracias a ese certificado Gordo puede probar que todavía es menor. Nos explica cómo concibe su estrategia global de seguridad. Esta estrategia reposa sobre dos condiciones necesarias. La primera es la ley del silencio. Esta ley es absoluta en la calle. Si un niño juzga que una persona, que no pertenece al mundo de la calle, merece su confianza, puede saltarse esta ley. Por otra parte, el silencio también se compra. Es así cuando Gordo compra el silencio de ciertos niños protegiéndolos contra los que son más fuertes que ellos y a cambio estos no hablarán jamás. La ley del silencio es aún más importante, ya que es fácil encontrar un amigo, pero es difícil llevar a cabo la amistad. El encuentro es a corto plazo, es el momento, la ocasión; la realización implica el largo plazo, una inversión en el tiempo. La supervivencia en la calle ofrece poco espacio para esta inversión. Para Gordo esto es tan evidente que incluso dice no fiarse ni de su sombra. Por otra parte el dinero todo lo puede, ya que Gordo dice que todo se compra: personas, sentimientos, bienes materiales, la felicidad. Las relaciones sociales están «cosificadas», son una simple mercancía. Así pues es particularmente difícil que se produzca la amistad.

La segunda condición trata de lo que hemos llamado la visibilidad controlada del niño en la calle. El niño tiene que administrar esa visibilidad. Gordo no tiene miedo a ser atacado y dice: «hay mucha gente que me conoce». Se codea la muerte cuando nadie puede testimoniar: «los niños no tienen testigos, personas que vean lo que pasa». Por definición, el testigo es el que ve y el que ejerce el control social. Por lo tanto, siempre hay que buscar que haya testigos presentes. Es una regla de supervivencia. Hay que ser visto y mejor todavía, conocido. Gordo parece practicar esta estrategia ya que cuando pasea por el centro de la ciudad mucha gente le saluda.

En lo que respecta a la visibilidad, se define por tres conceptos: «ser visto», «conocer», «y ser conocido». El primer término y el tercero, designan dos cosas diferentes.

«Ser visto» significa ser percibido físicamente por los demás, tener testigos potenciales alrededor. No es indispensable que esas personas conozcan personalmente al niño. Su presencia física basta. «Ser conocido» implica en cambio todo un proceso de identificación del niño: si es reconocido por un número determinado de personas, es alguien, ocupa un lugar en el espacio social que

frecuente, y se nota su ausencia si no está. El niño de la calle que nada más es visto, pero no reconocido por los demás es un niño aislado. El control de la visibilidad es el elemento más importante de una estrategia de supervivencia que no es sólo una estrategia a corto plazo. Para lograrlo, el niño debe poder intervenir sobre los tres componentes del trío de la visibilidad modificando su tenor. Así el que posee mucha información y al mismo tiempo es muy conocido, dispone de un grado importante de visibilidad y de seguridad. La estrategia global de seguridad no está al alcance de todos los niños. En efecto, exige que el niño disponga de recursos importantes en el plano social y cognitivo. En general, el niño que sabe utilizar una estrategia global de seguridad es también el líder de un grupo.

La ley del silencio y el control de la visibilidad son elementos interdependientes ya que los niños saben todo lo que sucede en la calle. Saben lo que cada uno de ellos ha hecho o está haciendo. Entre ellos no hay secretos, sí medias verdades. Todos los testimonios muestran que la puesta en práctica de una estrategia global de seguridad depende de la influencia social que el niño pueda ejercer sobre los demás²⁵.

Entre las estrategias de supervivencia más frecuentes encontramos aquellas que permiten al niño disfrutar de una identidad protectora. Así lo vemos en el niño que se pasea con una caja de limpiabotas. Gracias a esa caja es identificado como alguien que trabaja y su presencia en la calle es percibida como legítima. Los riesgos de ser molestado por la policía disminuyen. El niño que se hiere voluntariamente intenta de este modo escapar de otra agresión. El ejemplo más conocido es el de las pequeñas prostitutas de Recife que se hacen cortes en los brazos para evitar al agresor (policía, ladrón). A veces ciertos refranes se utilizan como estrategia. Paulo (17 años) dice: «el que es golpeado se acuerda. El que golpea se olvida». El empleo de la fuerza no garantiza en sí la supervivencia en la calle. Implica el respeto sólo si la fuerza está acompañada por otras competencias, por otros recursos que posea el niño. El empleo de la fuerza en estado bruto no produce ningún resultado. Son ante todo las competencias simbólicas las que dan calidad a la fuerza. Mientras más desarrolladas estén esas competencias, más capaz será el niño de imponerse. Gracias a ellas, el niño se siente valorizado ya que pone en ello toda su persona y no sólo su fuerza física. El uso de competencias simbólicas confiere a la estrategia del niño el modo y la calidad. Así la dureza de las condiciones en la calle no impide la búsqueda de la calidad en la supervivencia. Cuanto más tengan que ver las estrategias con los recursos simbólicos del niño, más éste se emancipa frente a su adversario. La estrategia se convierte en una línea de conducta que el niño aplica a los diferentes sucesos a los que se enfrenta. Pero la calle se caracteriza también por el ritmo de los acontecimientos que se desarrollan. Paulo dice a propósito del niño que llega a la calle: «Se habitúa, aprende a conocer el ritmo, toma rápido el ritmo de la vida en la calle». Sin embargo, la calle-ritmo no siempre permite el uso apropiado de los recursos simbólicos. A veces el niño debe actuar rápido y es la velocidad de la acción lo más importante. Para ser un niño de la calle hay que saber correr rápido. Todos los niños lo dicen²⁶. De hecho, la calle y sus dificultades no siempre permiten al niño elegir una estrategia compleja que combine sus recursos físicos y sus recursos simbólicos.

D. Los recursos simbólicos

Los recursos simbólicos tienen que ver con los significados y con las representaciones sociales. Sin ellos la interacción social es impensable, ya que la comunicación sería imposible. En efecto gracias a ellos ordenamos y clasificamos a las personas y los sucesos que se encuentran y se producen en nuestro entorno, próximo o lejano. El estudio hermenéutico en ciencias sociales así como la investigación sobre el desarrollo moral del niño han demostrado la importancia del simbolismo en la comunicación humana y en la formación de la identidad individual y colectiva. Las estructuras socio-cognoscitivas filtran el mundo exterior y le dan sentido. Esas estructuras se definen por los elementos cognoscitivos y sociales propios a una manera dada de conocer. Así existe una correlación entre los recursos simbólicos de una persona y su percepción/evaluación de

²⁵ Ver capítulo 3.

²⁶ En el capítulo 3 veremos cómo los niños hablan de la violencia en la calle.

la realidad social. Mientras más importantes sean estos recursos, mejor puede el individuo diversificar su relación con el medio. El comportamiento que resulta es diferenciado y permite una adaptación más grande al medio. Las categorías por las que clasifica las cosas y las personas son muy generosas para que pueda hablarse de estructura socio-cognoscitiva descentrada²⁷. En este tipo de estructura el individuo presenta una actividad general más grande, innova y trata de tomar iniciativas; sus prácticas sociales, cognitivas y del lenguaje son más elaboradas. Esta estructura permite también tomar más distancia con respecto al medio. Como escribe U. Windisch: («una forma de pensamiento dada es más o menos centrada o descentrada. Es una cuestión de grado»). La descentración no puede ser total, ya que en este caso, el individuo no dispondría de ninguna referencia normativa.

Las competencias simbólicas de los niños de la calle están en función de sus estructuras socio-cognoscitivas. Ningún dato empírico existe sobre ese tema. Los pocos estudios hechos sobre la actitud afectiva y emocional de los niños tienen que ver con otras cuestiones. Por otra parte, esos estudios siguen metodologías muy diferentes para que sea posible comparar los resultados a los que llegan. Los recursos simbólicos le dan al niño de la calle la capacidad de relativizar el análisis que hace de la realidad que le rodea. El niño relativiza cuando se pone en el lugar de aquellos con los que interactúa. Esto no es posible más que parcialmente y conlleva niveles de relativización. El niño debe «reflexionar» sobre las motivaciones, los intereses, la fuerza y el poder de aquél con el que interactúa. Define así la actitud y las intenciones del otro. El niño dispone de una imagen de ese otro y puede evaluar sus propias posibilidades en la interacción. Cuanto más importantes son los intereses de la interacción (autoridad, honor, defensa de un territorio, reparto de un botín) más necesarias son las competencias simbólicas. Tales recursos confieren mayor calidad de supervivencia en la calle a los que los poseen y mayor flexibilidad en sus comportamientos. En efecto, el sistema de la oportunidad está más elaborado y el niño obtiene de su vida en la calle importantes satisfacciones.

Se puede entonces comprender que ciertos niños prefieran quedarse en la calle más que regresar a sus casas, donde les es más difícil ejercer sus competencias.

El ejemplo de Paulo ilustra de maravilla una estrategia elaborada. Por haber cometido una infracción este joven fue internado en un reformatorio. Estos establecimientos son realmente prisiones donde la ley del más fuerte es la que predomina²⁸. Paulo, como todos los otros niños de la calle, conoce las condiciones de vida en tales lugares. Sabe lo que le espera y adapta su comportamiento a las circunstancias. Para asegurar un lugar en la institución, Paulo debe mostrar de entrada sus capacidades. Procede en tres etapas.

La primera consiste en hacer comprender a los otros que no les tiene miedo. Se trata de responder con una mirada decidida y dura. Acompaña la mirada con una frase provocativa del tipo: «¿qué sabes de mí?». Esta pregunta y esta mirada quieren decir que acepta el desafío y que puede responder en todo momento. A pesar de todo esto no es bastante para estar seguro. Aquí Paulo tiene que reunir a los otros niños y pasar a la segunda fase. Se pone a discutir con un grupo de niños sin precisar bien lo que dice. Paulo tiene una ventaja importante, conoce bien la «capoeira», una especie de danza-lucha brasileña. Todos los niños y en particular los de las capas sociales más pobres tienen una profunda admiración por el que domina este arte. Paulo lo sabe y se dedica a explotar esta admiración. Los inicia en la práctica de este arte.

Las dos primeras etapas ilustran una estrategia de adaptación a un medio violento. Desde el inicio hay que mostrar ciertos recursos sin revelarlos todos. En el caso de Paulo vemos que primero le indica a su adversario que está en condiciones de responder a toda provocación. Después se hace conocer por el mayor número posible de ellos y finalmente demuestra su dominio de la prestigiosa «capoeira». Aquí interviene un nuevo personaje en la historia de Paulo: un maestro de «capoeira» que les enseña la danza a los niños de la institución. Tal maestro lleva el nombre de «Mentirinha» y el enfrentamiento con Paulo es inevitable. Empieza la tercera fase de la estrategia de Paulo, fase que devela recursos simbólicos importantes. El niño ve en el maestro un adversario superior en el arte de la «capoeira». Debe dominar la situación para no perder los beneficios obtenidos en

²⁷ Ver bibliografía al final del capítulo

²⁸ Ver bibliografía al final del capítulo

su estrategia inicial. El adversario le pide a Paulo que le diga quién es su maestro y cuando se 10 dice le promete que 10 hará salir de la institución. Esta promesa le parece extraña a Paulo porque se contradice con el aparente deseo de humillado. Cree que el maestro de «capoeira») le tiende una trampa. Tiene entonces que neutralizarlo sin emplear la fuerza física ni la «capoeira») ya que se juega su prestigio ante los demás niños y su seguridad en la institución. Elige dos medios. Primero se apodera de un «birimbao») (instrumento que acompaña a la «capoeira»)) y se pone a cantar una canción para el maestro. Este le responde con otra canción y acto seguido se ponen a tocar juntos durante media hora. Paulo transforma así el enfrentamiento en una partida doble en un terreno menos peligroso para él. Mediante el intercambio musical demuestra ser igual que el maestro. El maestro le propone entonces enseñar «capoeira») a otros niños, pero Paulo duda porque si acepta queda como demasiado obediente con 10 que le pide el maestro. Rechaza la oferta y este es el segundo medio utilizado por el niño para ganar el desafío. Toda la estrategia de Paulo consiste en traspasar el enfrentamiento del terreno físico al simbólico. Sabe que de esta manera es capaz de preservar la posición adquirida. Mediante el rechazo, Paulo alcanza varios objetivos: a) le demuestra al maestro que no es competencia para él en el terreno de la «capoeira»), b) 10 hace sin perder la imagen frente a los otros niños, y c) conserva su prestigio ante los demás.

Algunos niños de la calle saben crear sistemáticamente situaciones de las que sacar provecho. Se trata de niños cuyo sistema de la oportunidad está muy estructurado.

Es el caso cuando:

a) los recursos simbólicos están por encima de las posibilidades físicas y

b) los recursos en juego alcanzan objetivos preestablecidos. El ejemplo de un niño buscando comida ilustra esta situación. El niño reconoce en un bar a una prostituta acompañada por un cliente y sabe que esta situación le es más favorable que si estuviese sola. En efecto si ella se muestra reacia a ofrecerle comida es posible que se 10 pida a su compañero. El niño dice que el hombre parecía muy orgulloso de estar con una mujer tan vistosa. El orgullo sentido por el hombre es la mejor garantía para que el niño reciba la comida. Sabe que el hombre no lo puede rechazar sin quedar mal delante de la mujer y de los otros clientes del bar. Además su requerimiento crea una situación nueva ya que produce una disyuntiva para el hombre. Explotando esta disyuntiva, consigue sus fines. Este ejemplo ilustra la existencia de un sistema de la oportunidad bien estructurado. La ocasión viene dada por la presencia de la pareja en un lugar público. El objetivo es el de encontrar comida. El niño evalúa esta presencia como algo que le puede ser favorable. Hace uso de competencias simbólicas importantes ya que se da cuenta de la naturaleza específica de la interacción social que observa. Las estrategias de supervivencia tienen mucho que ver también con los sistemas de relaciones que los niños crean con los adultos que ejercen su profesión en la calle, tales como conductores de taxi, policías, mercaderes ambulantes, guardia de noche, porteros, vigilantes de pensiones o de pequeños hoteles, prostitutas, traficantes de droga... El niño crea circuitos cuya duración y consistencia son variables, pero que en general son de naturaleza precaria. Por desgracia tales conexiones nunca han sido objeto de un estudio sistemático. En cambio, conocemos un poco mejor las relaciones con el medio de la droga²⁹. El conjunto de relaciones de ciertos niños se extiende también a familias que viven en la calle y que no son su propia familia.

Ya hemos visto la importancia que tiene la distinción entre las calles del centro urbano y las calles de la periferia. El ir a la calle es un proceso de conquista, un acto de toma de posesión parcial y temporal de este espacio. Si bien el aprendizaje de la calle se realiza desde la más temprana edad en las calles de la periferia, ninguno de los niños encuestados hablan del tiempo que estuvieron en ellas. En la vivencia del niño de la calle es la experiencia de la calle del centro urbano la que es excepcional. Ella es el componente principal de su identidad como niño de la calle. Las calles del vecindario pertenecen todavía al espacio comunitario y a las bandas del barrio. La carrera del niño de la calle empieza cuando el niño llega a las calles del centro. Esta carrera y la conquista de la calle están estrechamente vinculadas entre sí, y a la identidad del niño de la calle. Las

²⁹ Esta cuestión será tratada en el capítulo 5

competencias instrumentales y simbólicas que el niño adquiere en la calle así como su inserción en el sistema social de la calle, regulan la relación que mantiene con el mundo de la calle por un lado y la casa por otro. El movimiento de péndulo entre el polo de la calle y el polo de la casa caracteriza la carrera de la mayoría de niños de la calle. Al estudiar las referencias del niño³⁰ daremos un contenido más preciso al concepto de carrera de niño de la calle. En efecto, el alejamiento progresivo de la casa, la alternancia entre la calle y la casa y la carrera del niño de la calle, condicionan sus referencias. Es así que carrera e identidad del niño están estrechamente ligadas. La carrera del niño de la calle es un sistema compuesto por:

- A. las modalidades del abandono de la casa
- B. la evolución de sus referencias y representaciones
- C. la evolución de sus competencias instrumental es y simbólicas
- D. la evolución de su inserción social en la calle
- E. el ritmo y la naturaleza de los regresos a casa
- F. el abandono de la calle

La carrera de niño de la calle es así un sistema constituido por el conjunto de las relaciones entre estas diferentes dimensiones. A la excepción de algunas pocas biografías y autobiografías de niños, ningún estudio sistemático sobre la carrera de los niños de la calle es disponible³¹. Sin embargo, se observa una cierta diversidad de carreras entre los niños de la calle, diversidad que constituye la heterogeneidad psicosocial de los que se designa como niños de la calle³². A largo plazo, las investigaciones sobre estos niños debieran desembocar en la constitución de una tipología construida en función de sus carreras respectivas.

En cuanto al trabajo, el niño de la calle no rechaza asumido. Pasa por períodos en los que ejerce parcialmente una actividad lucrativa legal, y otros en los que «no hace nada». En lo que respecta al trabajo regular la mayoría de niños no mantienen constancia en el trabajo, esencialmente por dos motivos:

- A. un trabajo regular es incompatible con la vida en un grupo de niños de la calle.
- B. las estrategias de supervivencia permiten al niño disponer de una entrada de dinero superior a la que recibe en un trabajo normal. Veremos más adelante³³ que hay que diferenciar estos datos de acuerdo a las clases de edad. Además, hay que distinguir los niños en función de su identidad, en las relaciones diversas que mantienen con el mundo de la calle.

Las estrategias colectivas de supervivencia tocan el tema de la relación social y de la sociabilidad en la calle. Se refieren ante todo a la organización de los robos, a la compra de droga y a la organización del «lugar de trabajo» o «ponto»³⁴

³⁰ Ver capítulo 4.

³¹ Ver bibliografía al final del capítulo

³² Ver capítulo 3

³³ En el capítulo 4

³⁴ Leer capítulos 5 y 6

BIBLIOGRAFIA

2. RIAÑO-ALCALA P., Spacial Behavior and Social Interaction Networks en Low-Income Neighbourhoods of Bogota. inédito 1990, p.29.
6. FONSECA C. La circularion des enfants dans un bidonville brésilien. en: «Anales», n° 5, París, 1985.
16. MATZA D., Delinquency and DriJt, en: S.H. Traub y c.B. Little: Theories of Deviance, Itasca, 1975, p. 151-158.
19. CUSSON M., Délinquants pourquoi?, París, 1981, p.64.
20. MARC E.IPlcARD D., L'interaction sociale, París, 1989, p.206-207.
21. FLAM M H., Emotional Man: I. The Emotional Man and the Problem o/ Collective Action, en: «International Sociology», volumen 5, n° 1, 1990, p.40.
22. APTEKAR L., street Children of Cali, Durham/Londres, 1 988,p.54 y sig.
23. WINDSCH u., Le raisonnement et le parler quotidien, Lausanne, 1985,'p.33.
24. PULCINELLI ORLANDi E., Une confrontation dans le langage, en: «Langage et société», n° 46, París, 1988, p. 56.
27. WINDISCH U., Le pret-a-penser. Les formes de la communication et de l'argumentation quotidiennes, Lausanne, 1990, p.28 Y siglo
28. Ver:
 - a) M.I. BIERRENBACH, Fogo no pavilhao, Silo Paulo, 1987;
 - b) A. VALADARES DOUTRA DE SOUZA CAMPOS. O menor Institucionalizado. Um desafio para a sociedade, Petrópolis, 1984;
 - c) E. PASSETTI et al., O Mondo do Menor Infrator; Silo Paulo, 1987;
 - d) M.L.V. VIOLANTE, O dilema do decente malandro. Silo Paulo, 1985;
 - e) L. Junqueira, Abandonados, Silo Paulo. 1986;
 - f) R.S.v. ARRUDA, Pequenos Bandidos, Silo Paulo, 1983.
31. Entre las autobiografias más conocidas: HERZER, A. Queda para o Alto, Petrópolis, 1982 y Collen P., Mais que a realidade, Sao Paulo,1987.